

ENRIQUE ARAYA

LA LEYENDA DE ENRIQUE
JACOBSEN

ENRIQUE LLEGABA a la meta que se fijara vagamente a los quince años de edad. Cuarenta y siete llevaba caminando desde la ignorancia hasta la suma sabiduría. Camino pesado, escabroso, pero había logrado lo que jamás antes mortal alguno.

Justo es añadir que no sólo Enrique luchó por esta gloriosa y sin igual conquista intelectual: su padre y su abuelo —científicos y filósofos también— contribuyeron al éxito de su descendiente, dedicando sus vidas al estudio y a la meditación. Ellos, como Enrique, pasaron rozando apenas la vida, sumidos en los libros y en sus propios espíritus. El abuelo y el padre tuvieron esposas e hijos, condición indispensable para que Enrique obtuviera su existencia; el heredero de tanta sabiduría subconsciente, en cambio, jamás conoció mujer y ello, quizás en qué medida, contribuyó a que fuese el único de los tres y del mundo entero que poseyera la sabiduría integral.

Desde muy joven, por chispazo intuitivo, comprendió la necesidad de lograr una síntesis de todos los conocimientos, la cual debería, en última instancia, expresarse en una suerte de fórmula. Pero esta convicción no le llevó, por cierto, al extravío de intentar su construcción antes de haber hecho un análisis metódico e integral de la ciencia y la filosofía almacenada hasta su época.

No creo necesario, por el momento, señalar los vínculos que existían entre Enrique y la sociedad que lo rodeaba. Baste por ahora con decir que los habitantes de Melipilla, pedestres comerciantes en su mayoría, casi ignoraban la existencia del ciudadano ilustre que motiva este relato, y que los más letrados menospreciaban sus virtudes y lo consideraban un misántropo intelectual.

A los veintidós años, Enrique comprendió que la división de

la ciencia en ramas sólo tenía validez metodológica, indispensable para que la frágil y analítica razón pudiera desenvolverse en el infinito Universo, intemporal e inespacial. Que separar la ciencia de la filosofía era actitud mental proveniente de igual deficiencia, Jacobsen lo vio con nitidez cenital alrededor de los veinticinco años, edad que lo encontró poseedor ya de todo el acervo cultural de su época. A esa altura de la vida podría decirse que iniciaba el paso trascendental desde la mentalidad analítica hasta la sintética, salto tan importante para la evolución humana como el que diera, millones de años antes, el antropoide al erguirse y verticalizarse, para ir engendrando al *homo sapiens*. Fue entonces cuando empezó a fusionar los conocimientos de las ciencias particulares entre sí, y los de ellas con los de la filosofía, en varias fórmulas provisionales que, posteriormente, habría de condensarlas en una sola: la de la sabiduría integral.

Llegó la época —etapa forzosa en la carrera evolutiva de todo sabio— en que comprendió la relatividad de la ciencia y de la filosofía. Vio con profundidad y nitidez semidivinas cómo todos los conocimientos humanos son relativos a la mente y que ésta no daba garantías de ser la herramienta adecuada para elaborar la verdad. ¿Por qué hemos de creer que la representación mental sea exactamente coincidente con los fenómenos de la realidad que causa aquélla? ¿No sabemos, por ejemplo, que siendo la materia compuesta de partículas inmensamente distantes unas de otras, se nos representa en la mente, a través de los sentidos, como continua, compacta e impenetrable? Tras esas dudas Enrique concibió su teoría de la ineficacia de los sentidos como herramienta del conocimiento racional. ¿No sabía acaso él que todo el edificio científico se levantaba sobre los informes de los sentidos y, lo que era mucho más grave, que con dichos informes, a través de milenios, se fueron estructurando los esquemas, las categorías apriorísticas de la mente? El día en que el sabio de Melipilla vio esta monstruosidad tuvo una suerte de vértigo y no pudo ni siquiera dejar su lecho. Sintió un miedo cósmico. ¿Cómo era posible salir a la calle, enfrentarse a un mundo absolutamente desconocido, digo mal, a un mundo totalmente deformado por una anomalía básica del órgano de la visión racional: la mente? Aun los muros de su cuarto, las sábanas, los cuadros y todo cuanto había en derredor, le causaban espanto. Qué decir del miedo que le causaban sus hermanas: seres vivientes, inmensos arácnidos, impenetrables ahora para su nueva concepción del mundo. Los ruidos que emitían, los gestos que configuraban, su sola y miste-

riosa presencia, sin sentido ni explicación alguna, le aterraban hasta el punto de que cuando las sentía venir sumíase como un niño bajo las cobijas de su lecho. Pero, en toda caso, encontró preferible permanecer en casa, enfrentándose únicamente a los objetos y seres que en ella existían. Si esto le acontecía ante un hecho tan simple como la visión de otro ser, ¿cómo no sería de abismante y cruel adentrarse en fenómenos más complejos, como la mentalidad de los demás hombres, los vínculos entre unos y otros, el sentido de la existencia y su destino?

En esa ocasión permaneció diez días en su casa y fue entonces cuando analizó el lenguaje y vio cómo el hombre había sido torpe al pretender envasar los etéreos pensamientos, fluyentes, ingravidos, amorfos y vagos, en sonidos estáticos, concretos y materiales: las palabras.

Revisando los símbolos a que acudió el hombre para expresar las cantidades, comprendió el infantilismo de las matemáticas: se había prescindido de las cualidades, de las que jamás pueden separarse como no sea para elaborar convenciones inútiles y falsas. La unidad derivaba, en última instancia, de un informe sensorial; es decir, de un error. Y la dócil razón se había encantado con la adquisición de la unidad, y con ella y con otras arbitrariedades —las ideas de adición y sustracción— construyó el vistoso juguete de la aritmética, hecha de abstracciones sin correspondencia alguna con la realidad íntima, substancial, del Universo, ¡Cómo si del mundo —un todo indivisible e inmodificable por esencia— pudiera sumarse o restarse algo! Después llegaron otros raquícos del pensamiento, los matemáticos, y exclamaron: “Esto es maravilloso. Sigamos adelante amontonando convención sobre convención y descubriremos todo”. Y así, prescindiendo de las cualidades, construyeron todo un mundo y una civilización que se levantaba sobre las cantidades: edificios, sociedades, culturas, sufragio universal, paz cuantitativa, desarme matemático, bomba atómica. El amor —calidad al fin y al cabo— no había sido introducido en la argamasa de las matemáticas; porque... bueno... era otra cosa, de otro orden. ¡Como si hubiera órdenes diversos! ¡Como si el Universo no fuera uno e indivisible!

Jacobsen, en esta etapa evolutiva, estructuró la teoría que denominó “De la apariencia de los órdenes” y concibió la hipótesis de que el amor y la gravedad, la electricidad y la voluntad, el calor y el ánimo de poder —por sólo citar algunas fuerzas y al azar— no eran más que apariencias, formas distintas de una misma sus-

tancia, tal como la materia y la energía eran simples reflejos de una misma entidad. No podía negar la gran diferencia aparential entre la fuerza que mueve a una piedra a caer hacia el centro de la tierra —si es que esto es verdadero— y el impulso que arrastra a un genio de acción a domeñar su especie, imponiéndole ideas, tendencias o aspiraciones. Pero ¿cómo pueden coexistir fuerzas de naturalezas esencialmente diversas? Después —¡oh, el poder de la intuición!— comprendió que en el Universo no existía más que una fuerza que provocaba distintas reacciones sensoriales en el pobre bicho humano. Varios días caviló sobre estas sutiles abstracciones, hasta que se hizo la luz plena en su poderoso espíritu. Aparte de aquella Fuerza única, sólo existían apariencias, tan engañosas como cuando el hombre juzga cosas esencialmente distintas al fuego, al calor y a la luz —amalgama extraña e indescifrable para el ser vulgar embarrado en sus sentidos— y, sin embargo, en última instancia, problema de distancias. Quien está en medio del fuego lo siente materia y destructora, energía térmica y también luz, pero quien está muy distante la valora sólo como luz. Es cuestión de grados, de reacción biológica, pero la luz, como hija del fuego, ha de ser fuego en cierto modo.

En síntesis, arribó a la conclusión fundamental de que todo cuanto existe en el Universo —astro o diente, pensamiento o aserrín, piedra o envidia— eran cosas idénticas entre sí, hechas de una misma “materia prima”, por así decirlo, y diferentes para los sentidos y para la razón humana, debido a diferencias de velocidad, de organización de forma. La *forma* era la diferenciadora de las cosas. Pero las formas no tenían la importancia que el hombre les había atribuido. Fue entonces cuando Enrique escribió, en sus cuadernos de apuntes, mil seiscientas páginas sobre: “Fórmula provisional sintética sobre las formas y las apariencias denominadas esencias”. Absolutamente inoficioso sería reproducir ahora capítulos, párrafos o frases de dichos apuntes, pues resultan totalmente incomprensibles para quien padezca aun de “mente analítica”. Sólo diré, a fin de probar la inutilidad de la transcripción, que al finalizar esos extensos apuntes anotaba:

“De lo dicho se desprende que existiendo únicamente el Todo o el Uno —absolutamente idénticos entre sí—, los seres particulares tienen existencia aparential y derivada de la estructura estigmatizada de sensorialismo de la razón humana, y por tanto, sólo

con validez para ella. Lo que en términos matemáticos cualicuantitativos, se expresa:

$$(a + b) = \frac{T}{n} = \frac{1}{Va} "$$

El sabio revolucionario de la apacible Melipilla, lanzado por la pendiente de las fórmulas matemáticas —muy distintas de las por todos conocidas, pues en las suyas se consideraban fundamentalmente las cualidades, y las cantidades no eran más que el predicado de aquéllas—, llegó a construir un edificio monumental, tan complejo como verdadero, e imposible de comprender por quien no hubiese caminado, paso a paso, el trayecto ideológico de Jacobsen.

Dos años después de haber escrito “Fórmula provisional...” había dado término a otros dos tratados: “Univocidad de los órdenes o categorías” y “De la transfiguración del hombre al Uno”. Al término de esta labor, el Universo le había concedido el privilegio insólito de su comprensión total. Cierta día, por el lapso de dos o tres minutos, tuvo la evidencia de la estructura del Cosmos, de sus causas y finalidades. Fueron instantes de éxtasis. Después volvió a padecer el estado mental del común de los sabios; es decir, las cosas se le presentaban como aisladas, inconexas o, en el mejor de los casos, relacionadas, no obstante persistir su convicción de que ese universo fragmentario era falso y saber de su maravillosa unidad.

Quedaba con el recuerdo del éxtasis, con la idea de la existencia única del Todo o Uno y con los datos de sus dos fórmulas provisionales sintéticas, pero sin la visión directa de la unidad y armonía del Cosmos. Pero cuando volvió a repasar todas sus fórmulas, nuevamente cayó en el éxtasis mental —comprensión simple y profunda del mundo— y esta vez permaneció más rato en posesión de la verdad absoluta. Por ello comprendió que sus fórmulas expresadas en tantas páginas no eran adecuadas para entronizarlo permanentemente en la sabiduría. Resolvió ir condensándolas hasta llegar a una sola fórmula, tan breve que con sólo un golpe de vista la aprehendiera. Poco a poco —en el lapso de dos meses— fue apretando y reduciendo sus teorías, hasta que

—¡oh el poder de la mente sintética!— las vertió en nueve números, seis palabras y tres figuras geométricas*.

Lograda esta síntesis, le bastaba mirar la página en que la tenía anotada para tener la visión directa y total del Cosmos. Enamorado de sus fórmulas y de la sabiduría que le procuraban, llegó a pasarse días enteros frente a ellas y, entonces, todo lo que el hombre llama problema o misterio dejaba de serlo para él, así fuera el origen del hombre, la causa de la vida, el destino de la humanidad, la esencia de la eternidad, la naturaleza íntima del amor, la etiología del cáncer, la causa del envejecimiento y de la muerte . . .

Dos años después del descubrimiento de las fórmulas, Enrique ya no necesitaba estar repasándolas para vivir en contacto con lo Absoluto. Desde entonces empezó a rejuvenecer lentamente, comía muy poco y jamás dormía. Su espíritu se anegaba en alegría y su rostro y su mirada aparecían como iluminados por una luz extraña.

Ya no leía, no hablaba y ni siquiera escuchaba las palabras de nadie. Al principio, los habitantes de Melipilla se extrañaban al verle rejuvenecer y al percibir en su rostro tanta serenidad y alegría; Enrique transitaba ausente por las calles y plazas del pueblo, como si fuera escuchando la voz de Dios. Los perros se detenían a su paso y le miraban con especial humildad, moviendo solícitos sus rabos. Las palomas de la plazuela del Cabildo se posaban en su cabeza o en sus hombros, sin demandar migajas que jamás les ofreciera, y prescindían de las que les lanzaban algunos jubilados de la administración pública.

Su hermana Rosa, solterona como Clotilde, que jamás se había entrometido en la vida y costumbres de Enrique, cierto día no pudo reprimirse más y, de sobremesa, le preguntó:

—¿Podrías decirme, hermano, qué te sucede?

—¿Por qué me lo preguntas? —inquirió el sabio.

—Bueno, debo serte franca: últimamente ya no lees ni escribes. No es que quiera aconsejarte que lleves la vida de antes, sabes que nunca fui partidaria de que pasaras sumido en tus libros y escritos. Pero es que . . . además, no eres el mismo de antes. Clotilde piensa que puedes estar enamorado o algo por el estilo. La

*El lector podrá conocerlas cuando termine de editarse la obra biográfica "La sabiduría de Enrique Jacobsen". Ahora, sin la documentación completa y la exposición detallada y

lata de la evolución ideológica del sabio referido, reproducir esa síntesis sería vano, por los motivos antes mencionados.

verdad es que da para pensar en eso. No nos quejamos de tu alegría; pero algo nuevo debe de haber en tu vida para que hayas cambiado tanto de aspecto.

Enrique permaneció callado unos instantes, mientras sonreía hermético.

Rosa continuó tejiendo para aparentar tranquilidad, como si ya no le importara la respuesta de su hermano; pero, en realidad, ni sabía qué maniobras realizaba, consumida por la curiosidad. Al cabo de unos quince minutos de espera levantó su cabeza un poco y con disimulo miró el rostro de Enrique, auscultándolo. Este continuó ausente. Pasados otros quince minutos, Rosa ya no pudo contenerse y decidida a jugarse el todo por el todo, preguntó:

—Debo advertirte, Enrique, que ya hay comentarios de las gentes del pueblo. He oído murmurar que podrías estar loco. Por cierto que no pienso lo mismo; pero creo tener derecho a saber —yo que he velado por nuestra fortuna— cuál es la causa de tu extraña alegría. Así podría explicar a alguien las causas de tu cambio.

Rosa, en verdad, ya había perdido las esperanzas de obtener la más mínima respuesta. De pronto oyó de labios de su hermano estas palabras:

—Rosa, en efecto, estoy loco. Loco es aquel que por alguna causa física, emocional o mental ha llegado a vivir en un mundo diverso del de todos. Yo por mis conocimientos vivo en un mundo absolutamente distinto del de todos los hombres pasados, presentes y creo que, aun, futuros. Nadie podría entenderme, aun cuando pasara la vida explicando mis convicciones, describiendo mi mundo. Hace algunos años, cuando yo era un sabio relativo, si hubiese explicado mis teorías o mis verdades, seguramente me habrían entendido las *élites*, por lo menos. Pero ahora es imposible. Ha sido tan largo y fatigoso el camino y han sido tantas las verdades captadas a golpe de intuición, que al intentar la demostración de la verdad Absoluta pronto me saldrían al atajo los perros de la lógica.

Rosa, al escuchar a su hermano proclamar su propia locura, tuvo miedo de soledad y procuró atraérselo con razones expresadas en tono maternal:

—¿No crees tú que si explicas lentamente tus verdades, con la elocuencia que te da tanta ilustración, podrías convencer a alguien de tus teorías?

—No, Rosa. Es absolutamente imposible. Tendría que usar el

Enrique se abalanzó sobre el cuerpo inerte y se dio a golpearlo con violencia en el pecho y en la nuca. Era tan macabra y sacrílega la actitud del soberbio practicante, que uno de los médicos gritó:

—¡Basta ya! Este hombre está loco.

Jacobsen pareció no escuchar o no importarle, pues continuó por algunos segundos en su absurda y unilateral pelea. Pero de pronto el joven empezó a respirar y luego movió sus brazos como queriendo defenderse. En ese instante su salvador le gritó:

—¡Levántate, que te matan!

El muerto obedeció y se incorporó en el lecho. Entonces él le ordenó:

—Hijo, tiéndete, reposa; el peligro ha pasado.

Este hecho sí que produjo estupefacción. Los médicos pidieron al ayudante práctico que les siguiera al aula magna y que explicara su sistema terapéutico.

Enrique se encaminó al pizarrón, cogió la tiza y escribió los nueve números y las seis palabras y dibujó las tres figuras geométricas de la fórmula que encerraba la sabiduría integral.

Los médicos pidieron más explicación, arguyendo que no veían la relación entre esos signos y figuras —que confesaban no entender— y el sistema aplicado al paciente que tan milagrosos efectos le había causado.

El sabio intentó explicar, desde sus fuentes, su sabiduría, y uno de los más prestigiosos médicos le interrumpió:

—Señor Jacobsen, no divague; con charlatanería barata no logrará usted desconcertar a ilustres profesionales que han consagrado sus vidas al estudio y a trabajos clínicos serios y responsables.

Estas palabras, pronunciadas en tono vibrante y emocionado, provocaron una salva de aplausos de todos los concurrentes.

Enrique aquilató la inutilidad de todo esfuerzo aplicado a dar luz a quienes estaban sumidos en un pozo de errores y guardó silencio.

Entonces uno de los médicos tomó la palabra y no la abandonó hasta que dejó a todos convencidos de que el caso, aparentemente milagroso, que semejaba la imposible resucitación de un muerto, se explicaba por catalepsia.

Acto seguido se tomó el acuerdo, por unanimidad, de expulsar a Jacobsen del hospital por ser dado a la charlatanería y a la magia.

Después de estos infortunados intentos para dar testimonio

de su sabiduría, permaneció en casa varios días, meditando acerca de la conveniencia de permitir a las fuerzas naturales desintegradoras que actuaran en su organismo, dejarse matar por ellas. Por cierto que no temía al más allá, ya que para él ese campo era tan conocido como la vida. El sabía que la muerte no era temible.

La mucama, que le servía desde la muerte de sus hermanas Rosa y Clotilde, y que, por consiguiente, ya era bastante vieja y precavida, se permitió aconsejarle que trabajara como todos los mortales, sin hacer brujerías, pues éstas le habían costado la expulsión del hospital. Ella estaba impuesta, porque la noticia era del dominio público en Melipilla.

El sabio absoluto decidió no morir y seguir haciendo "brujerías" para dar testimonio del poder del espíritu y así combatir el materialismo de sus contemporáneos. Elegido este camino, al día siguiente se desdobló y en la noche se presentó en el dormitorio del médico jefe del Hospital Municipal, quien al verlo cogió su revólver y le disparó cinco tiros. Enrique, sonriendo, le dijo:

—Es imposible. Buenas noches. —Y se marchó.

El médico no se levantó al día siguiente. Se sintió enfermo de los nervios y se hizo ver por un psiquiatra. El diagnóstico fue "surmenage" por exceso de trabajo y la terapéutica, "reposo y vitaminas". De más está decir que el secreto profesional impidió que las supuestas alucinaciones del médico jefe del Hospital Municipal fueran conocidas por alguien.

Jacobsen decidió hacer "brujerías" a la luz del día y ante multitudes.

En las mañanas salía de su casa volando a una altura aproximada de tres metros y a muy pequeña velocidad, a la que se desplaza el hombre que camina, a fin de ser visto por todos.

Todos le veían, pero pocos se atrevían a relatar el hecho. Los ignorantes sí que declaraban abiertamente haber visto volar al gringo Jacobsen a poca altura y lentamente, sin llevar avión o cosa semejante; pero los letrados pensaban que eran visiones propias de mentes incultas, propensas a interpretar en forma torcida los fenómenos naturales. Las personas ilustradas se creían víctimas de alucinaciones, se declaraban enfermas sin decir la verdadera causa, y por ningún motivo se atrevieron a declarar que fueran testigos de ese hecho inverosímil, en pugna con las leyes de la gravedad.

La prensa local tituló su crónica en la siguiente forma:

LOS PLATILLOS VOLADORES SE HUMANIZAN. Y añadía: “Se ha venido propalando por el pueblo —que todos suponíamos culto y sensato— que un ciudadano, cuyo nombre no revelamos por razones obvias, se ha convertido en platillo volador y surca el espacio, por las calles de nuestra ciudad, a vista y paciencia de todos los transeúntes, volando a una altura de tres metros, aproximadamente, y a escasa velocidad. No haremos mayor caudal de estas especies, impropias de pueblos civilizados, y nos permitimos aconsejar a las autoridades educativas, que son las directamente vinculadas a estos casos de incultura, que adopten las medidas del caso: más escuelas, más horas de clases, menos días feriados y que no se continúe haciendo proselitismo al elegir al personal docente, que hasta ahora es designado, a su amaño, por el Partido Republicano Tradicionalista”.

Enrique comprendió que su finalidad —espiritualizar a los hombres— no se lograría por estos medios y una mañana se elevó desde el patio de la casa. Pero no voló a pequeña altura sobre la ciudad. Y luego se perdió en las nubes y casi nadie pudo ver su cuerpo ascendiendo.

La mucama contó al farmacéutico, primero, y a muchas personas, después, que su amo se había volado el lunes 24 de septiembre, a las ocho y media de la mañana. Los habitantes del barrio, en un gesto de caridad, le obtuvieron una pieza en el Asilo Municipal, ya que no tenía parientes y deliraba por ancianidad. Pero la voz se fue esparciendo y algunos curiosos quisieron comprobar el hecho de la ausencia de Enrique Jacobsen. Después de muchos trámites se logró la providencia judicial que autorizaba al director del Registro Civil para hacer una visita ocular e informar sobre la existencia del habitante del inmueble ubicado en la calle Amapolas número 393.

Comprobada la ausencia de Jacobsen, se llegó a la conclusión de que debía haber viajado. Nunca se supo más de él.

Algunos hablan en Melipilla, ahora, después de 35 años del desaparecimiento del señor Jacobsen, de que debió ser asesinado y que su cadáver era el que se encontró tres años después totalmente destrozado en las orillas del río. Sin embargo, hay una leyenda que flota en el ambiente de ese pueblo, y que sólo se cuenta a media voz y en las noches de tormenta, que realmente “el gringo Jacobsen” se voló un día desde su casa, porque no encontró a nadie que le comprendiera. Pero esa leyenda sólo la relatan las gentes ignorantes de Melipilla y no se atreven a hacerlo delante de las personas ilustradas.